

149
R

PQ2032
A1
1915



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

ES PROPIEDAD



BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

DISCURSO

sobre el siguiente tema, propuesto por la Academia de Dijón:

*Si el restablecimiento
de las ciencias y de las artes ha contribuído
á depurar las costumbres.*

*Barbarus hic ego sum, quia
non intelligor illis.*

OVIDIO, *Tristia*, V, elegía x,
verso, 37.

ADVERTENCIA DEL TRADUCTOR

Mi primer pensamiento, al empezar á traducir las obras sociales de Rousseau, principalmente las de carácter popular, fué hacer preceder la primera versión que apareciese de una introducción crítica que abarcase, en un juicio de conjunto, las doctrinas generales del célebre filósofo de Ginebra. Adversario yo de estas doctrinas, y no más afecto á la personalidad de su autor, el juicio no podía ser benévolo, pero me propuse, en cambio, que la versión fuese esmerada. A lo primero me movía mi imparcialidad como crítico, y á lo segundo mi dignidad como traductor; á ambas cosas, mi respeto á un escritor tan clásico é influyente, y mi admiración por la brillantez de su estilo.

Paréceme eficaz, para la difusión del sentido y orígenes de la sociología moderna, el libro, y el libro barato (pese al gran Ruskin), principalmente si ese libro está redactado por un pensador tan nítido y sincero como Rousseau. Todas sus producciones son reflejo fiel de su más íntimo sentir, y si muchas de sus páginas punzan, esto no es un mal: las frutas al tacto más ásperas son las al paladar más deleitosas. En Rousseau, las obras diríanse una efusión perpetua, y sea que tenga razón ó que se equivoque, es siempre su corazón quien habla.

La introducción crítica á que me referí anteriormente fué compuesta para la traducción del *Discours sur l'origine de l'inégalité parmi les hommes*, traducción ya hecha, pero cuya publicación me han obligado á retrasar exigencias editoriales muy atendibles. Aunque el asunto del presente *Discours* se halla íntimamente relacionado con el del anterior, la introducción crítica, sin embargo, cuadra y corresponde más derechamente á este último, y al principio ó al final de él será colocada. Y esta colocación es indiferente á causa precisamente de semejante íntima relación del discurso sobre las ciencias y las artes con el discurso sobre la desigualdad entre los hombres.

Conocida es la historia de ambos discursos. El mismo Rousseau nos la explica en breves términos: «Compré un día (1749) el *Mercure de France*, y paseando y recorriendo sus líneas, tropecé con el anuncio de la cuestión propuesta por la Academia de Dijón para el premio del año siguiente, conviene á saber: si el progreso de las ciencias

y de las artes ha contribuido á corromper ó á depurar las costumbres. En el instante mismo de leerlo, ví un nuevo mundo y me convertí en otro hombre.» Su conversión se resolvió prontamente en una lluvia de tinta (por no decir de hiel), conversión legítima si se quiere, pero en extremo ponzoñosa. El autor, sin embargo, obtuvo el premio (1750), y esto no hizo más que confirmarle en su vesania. Poco después se presentó en concurso á disertar sobre la nueva cuestión propuesta por la misma Academia: cuál es el origen de la desigualdad entre los hombres y si está autorizada por la ley natural. Esta vez la Academia rechazó á Rousseau, dando el premio á un cierto abate Talbert, y aún la dedicatoria, dirigida á los prohombres de la república de Ginebra, fué acogida con frialdad por unos y con malevolencia por otros.

Por la biografía de Rousseau, que él mismo se encargó de hacer con una franqueza que enfada, se viene en conocimiento de las causas patológicas que convirtieron al sofista ginebrino en un Segismundo afeminado, análogo al anarquista creado por Calderón. Al escribir las *Confessions* y *Rousseau juge de Jean-Jacques*, exhibió el comentario de su filosofía, y nos demostró hasta qué punto es necesario conocer su vida para apreciar sus escritos y aún para comprenderlos. Y al poner al desnudo la tristeza de su vida, puso al desnudo en general la tristeza de la vida, mil veces más dolorosa que la tristeza de la muerte. En literatura, esta tristeza le llevó á un libertinaje desolador, idealista y espiritual. Tal se comprueba en la

Nouvelle Heloise, obra de la cual se ha dicho con exactitud que «es un libro pestífero, y, después de pensar quién lo ha escrito, muy empalagosamente asqueador.» Pero donde la crápula mental de Rousseau se muestra más señalada es en sociología.

El discurso sobre las ciencias y las artes es un ataque en regla contra la civilización, á la que acusa de todas las perversidades de los hombres. El discurso sobre la desigualdad es un ataque en regla contra la sociedad, á la que acusa de haber separado á los hombres de la naturaleza. Esta separación constituye, según Rousseau, la causa de todos los males, vicios, crímenes, guerras, revoluciones y calamidades que nos afligen. ¡Una vez vueltos á la naturaleza, nadaremos en un mar de leche, con tempestades de miel!

Con el anarquismo naturista, preconizado por Rousseau, el hombre civilizado y sociable, lleno de complicaciones, dotado de sensibilidad y pensamientos exquisitos, pronto á luchar con sus impulsos pasionales para vencerlos ó ser vencido por ellos, se convierte en un ser primitivo, falto de toda vida interior, que gesticula y reacciona ante la impresión, en virtud de simples movimientos reflejos. Nada más absurdo cabe concebir, y, no obstante, tan disparatada teoría social tuvo desde el principio muchos admiradores, y hoy día, con la difusión de las ideas anarquistas, cuenta, no por millares, pero por millones sus adeptos. Sin ir tan lejos como para apoyar la paradoja de Fontenelle: «Dadme cuatro hombres persuadidos de la opinión más absurda, y estoy seguro de persuadir de ella,

con su auxilio, á cuatro millones más», no hay duda que existe un gran fondo de verdad en el refrán popular que dice: «un loco hace un ciento.» ¡Cuántos locos estúpidos ha hecho aquel loco de genio que se llamaba Rousseau! No hay anarquista en nuestros días que no declare haberse iniciado en los dogmas filosóficos (¿) de su secta por la lectura y meditación (¿) del sofista ginebrino. Mientras que el pueblo, en sus masas sin instrucción científica ni moral pública, tenga por la anarquía el culto que debería tener por la civilización, adorará á un autor como Rousseau, que llevaba en sí un instinto de revuelta lo bastante poderoso para inducirle á preferir la ignorancia á la cultura y hacer la guerra á todo lo que no vivía más que por la tradición consagrada y por la disciplina social. Por eso sus libros, más que de razonamiento, son libros de sentimiento y de deseo, desbordamiento de emotividad, psicología de pasiones, fisiología de actos políticos y abominación de lo presente para exaltar lo pasado.

En su apasionamiento, Rousseau llegó á la paradoja. Por derivarse esta palabra de la preposición griega *pará* que indica lateralidad, lo que va de lado ó se desvía, y *doxa*, opinión, ha pretendido un aficionado á paradojear que entre paradoja y herejía apenas hay diferencia. No hay, en efecto, otra diferencia que la que va de la palabra herejía, cuyo significado propio y primitivo es el de *opinión* (1), y la palabra paradoja, cuyo significado propio y primitivo es el de *desviación* de toda opinión sana. La lógica de Rousseau, aunque muy potente, no le garantizó de desviaciones, porque su pa-

sión tenía más fuerza que su lógica, y nunca supo resistir á aquélla ni moderarla. La experiencia pudo acaso modificar, en el foro interno ó de su conciencia, sus optimistas ideas respecto á los hombres; pero si se ha de juzgar por las obras de todo género que siguió lanzando á la publicidad, desde el *Emile*, el *Contrat social*, las *Reveries*, la *Economie politique*, las *Melanges*, las *Lettres écrites de la montagne*, los *Opuscules politiques* y la *Correspondance*, hasta el *Théâtre*, las *Poésies*, la *Botanique*, el *Dictionnaire de musique* y el *Essai sur l'origine des langues*, en todas ellas los hombres permanecieron para él inmutables, es decir, que los juzgó como en su famoso discurso de 1749.

No trato en modo alguno de equiparar á Rousseau con sus discípulos del presente, con los fanáticos del anarquismo naturista, que saben tanto de ciencia política y de economía social como los caracoles de bacteriología comparada. Rousseau era un hombre competente en ambas disciplinas. Empero, por temperamento y por carácter, tendió siempre á una lógica radical y nunca se detuvo en los términos medios. Nada significaba para él el hecho establecido, y se esforzaba en remontarse, en todas las cuestiones, hasta los principios, sin que las consecuencias pareciesen arreararle ni espantarle. Por eso sus continuadores de actualidad, lógicos y radicales también, pero con logicismo y radicalismo prácticos, si por un lado son doctrinarios irreductibles, arquitectos con irreprochable título de «castillos en el aire», por otro, pertenecen al número de los que, en frase de un

gran sociólogo, «hacen de la literatura un puñal, de la verdad un delito, del raciocinio sereno una ofensa á la humanidad y de la justicia un vaso de embriaguez, pérfida y degradante».

El presente discurso es una queja, una diatriba, una sátira, y contiene, no reflexiones sólidas, sino una serie de impresiones que Rousseau no quiso feneciesen con él. Apesarábale ver que la vida de la sociedad sacrificase á la práctica de la virtud el exquisito tacto de las relaciones; no comprendía que la actividad de la civilización tuviese sus leyes de etiqueta; nada, en su sentir, debía ser bello y ligero como un aroma; todo lo deseaba agudo y penetrante como un cuchillo. Por una serie de interpretaciones arbitrarias y de argumentos sofísticos, concebidos en el sentido iconoclasta de la anarquía más demoledora, negó Rousseau de plano la moralidad y la rectitud de los hombres aquietados por la sociedad y amaestrados por la civilización. A su juicio, no hay ética individual ni derecho común fuera del supuesto «estado de naturaleza.» Por sus defectos y por sus cualidades, Rousseau estaba hecho para ser á la vez, con la misma buena fe y el mismo éxito, el apóstol de la verdad y del error.

Bien será añadir que Rousseau, en todo su *Discours*, no ha hecho más que imitar, copiar y seguir el carácter adusto de Cornelio Agripa en su tratado *De vanitate scientiarum*. Fanático invertido como los filósofos del siglo XVIII, Cornelio Agripa no podía ver juntas la política y la ciencia, y alegaba en favor de su proposición los ejemplos de Sila, César y otros príncipes eruditos. Celio Rodi-

ginio se plantea por argumento de un capítulo entero esta tesis: *Los filósofos que entraron á reinar, administraron las cosas públicas con más crueldad que los no letrados*. Los ejemplos de los siete sabios, de Aristón, de Epicuro, de Cricias, de Atenión, de Lisias, de Dionisio, de Juliano y otros, le sirven al objeto de demostrar que la perversidad, la malignidad, la presunción, la avaricia, la tiranía y las más sórdidas pasiones sobresalieron en aquellos príncipes que se criaron como filósofos y se contaban entre ellos. Voltaire, en su *Dictionnaire philosophique* (en la palabra *Athées*), cayó en el mismo error, culpando á la filosofía de los vicios de las personas públicas. No fué, pues, en Rousseau una rara singularidad pensar lo que pensaba, pues también tenía quien le acompañase, pero él fué quien, con su apasionamiento, dió la nota aguda.

En el discurso sobre la desigualdad (ya traducido, como queda dicho, y que en breve saldrá á la luz), veremos á Rousseau levantar la puntería y generalizar el ataque contra las conveniencias sociales, la aristocracia, el altar, el trono y el sentido común, acabando, por si poco fuese, con una carga á fondo contra los fundamentos de la propiedad. Su palabra iba más lejos que su pensamiento, porque seguía su pasión y no su juicio. Creía entonces, como lo creían también una gran mayoría de personas que se llamaban cultas, que entre la teoría y la aplicación quedaba lugar para un contrato social, para un *compromis*, y que á los pueblos se les podía dotar de Gobiernos como á los asilados de los hospicios de zaptoss. Segu-

ramente no preveía el 93, y hasta se ha supuesto como probable que habría tenido miedo de sus principios si hubiese visto de cerca su aplicación por aquellos jacobinos de la Revolución Francesa, que anegaron en sangre á su patria por haber confundido dos intereses: el de los organismos sociales, que han formado los siglos, y el de su progreso, que en su ensueño demente pretendían realizar sin los siglos.

Todo aparte, Rousseau es uno de los escritores que más merecen ser leídos, por la sorprendente originalidad de sus ideas. Fué favorecido con un gran sentido propio, que se dislocó á causa de su misantropía, de su orgullo personal, de su falsa manera de ver las cosas, á lo anarquista. Como no había sentido ni vivido como los demás hombres, casi nada conservó en su filosofía de sus lugares comunes. Y aún aparece más original, si cabe, con relación á su época. Los escritores del siglo XVIII, Voltaire y los enciclopedistas, ejercieron poderosa influencia sobre su centuria y sobre su nación. La influencia de Rousseau no sólo se ha extendido más en el tiempo y en el espacio, no sólo ha perdurado hasta nuestros días en todos los países del mundo, sino que hoy más que nunca tienen por Biblia sus obras cuantos profesan ideas anarquistas. No se me diga que entre el anarquismo naturista de Rousseau y el anarquismo moderno hay un mundo de diferencia, y que la pretensión de que el sofista ginebrino dió origen á la acracia novísima se parece á aquella otra que favorece al patriarca Abraham, haciéndole autor pel Sermón de la Montaña. En mi obra, próxima

á aparecer, sobre *El anarquismo y sus sectas*, demostraré muy por menudo que Rousseau fué, no sólo anarquista, sino el efectivo padre de la anarquía, por su doctrina de la «vuelta á la naturaleza». Esta doctrina es el *verdadero* anarquismo, el *único* anarquismo *posible*, el anarquismo *filosófico*, la *esencia* de la acracia. Todo lo demás que actualmente se llama anarquismo no es sino un socialismo radical, un colectivismo revolucionario, un comunismo sindicalista.

Por ser, sin embargo, *filosófico*, el anarquismo de Rousseau nada tiene de común con el anarquismo de acción, con el practicismo libertario, antes constituye el más teórico é inofensivo de los anarquismos. Siguiendo la comparación antes hecha, recordaré, con Stead, á los controvertistas librepensadores, de los de más flaca condición entre los suyos, que se complacen perversamente en tratar de establecer que Jesucristo no tiene derecho á que se le considere como el fundador de la religión que lleva su nombre, probando con gran erudición que esta ó aquella doctrina, que este ó aquel rito, considerados hoy como distintivamente cristianos, existían muchos siglos antes de nuestra era. Pero hasta los más perversos de esos polemistas se abstienen de considerar á Nerón como uno de los fundadores del cristianismo. De igual modo no hay asimilación posible entre el anarquismo activo ó criminal y el anarquismo de Rousseau, que es un anarquismo general, aunque radicalísimo, é igualmente aplicable por ende á todas las variedades del anarquismo, sea pasivo como el de Tolstoi, comunista como el de Kro-

potkin, individualista como el de Stirner, intelectual como el de Nietzsche y aun aristocrático como el de D'Annunzio. En este concepto, y apesar de su carácter especulativo, el anarquismo de Rousseau no fué estéril, porque todo anarquista vió en la doctrina de la «vuelta á la naturaleza» la línea central, la «espiná dorsal», de su propia doctrina.

EDMUNDO GONZALEZ-BLANCO.

Luanco (Asturias), 5 Agosto 1915.

ADVERTENCIA DEL AUTOR

¿Qué es la celebridad? La malaventurada obra á que debo la mía está en las manos del lector. Aunque esta obra me ha valido un premio y me ha creado un nombre, es, á lo sumo, mediana, y me atrevo á añadir que es una de las menos importantes de la presente colección (2). ¡Qué abismo de miserias habría evitado el autor si éste su primer escrito hubiese sido recibido como merecía serlo! Pero fué fatal que un favor, al principio injusto, me atrajese, por grados, un rigor, que lo es más todavía.

ADVERTENCIA DEL AUTOR

PREFACIO

Nos hallamos ante una de las más grandes y hermosas cuestiones que jamás hayan sido agitadas. No se trata, no, en el presente discurso, de esas sutilezas metafísicas que han invadido todas las partes de la literatura y de que no se hallan libres los mismos programas académicos: se trata de una de las verdades que atañen al bienestar del género humano.

Preveo que se me perdonará difícilmente el partido que me he atrevido á tomar. Rechazando de plano todo lo que atrae hoy día la admiración de los hombres, sólo puedo esperar universal vituperio; y no por haber sido honrado con la aprobación de algunos sabios debo contar con la del público: de aquí que no me haya cuidado de complacer á los que todo lo juzgan según la moda de la época. Habrá en todos los tiempos hombres hechos para ser subyugados por las opiniones de su siglo, de su país y de su sociedad. Tal sucede actualmente con el espíritu fuerte y el filósofo que, por la misma razón, no hubieran sido más que unos fanáticos en los tiempos de la Liga. Empero el que quiera vivir con el pensamiento más allá de su época, no debe escribir para tales lectores.

Una palabra aún, y termino. Desinteresándome del honor que había recibido, una vez premiado por la Academia, reformé y amplié mi discurso hasta el punto de convertirlo en otra muy diferente obra. Pero hoy día me he creído obligado á restablecerlo en su estado primitivo. Unicamente he intercalado algunas notas y hecho adiciones, fáciles de reconocer, y que la Academia tal vez no hubiera aprobado. Y estimo que la equidad, el respeto y el reconocimiento exigían de mí esta previa y franca declaración.

DISCURSO

Decipimur specie recti.
HORACIO, *De arte poética*, 25.

El restablecimiento de las ciencias y de las artes ¿ha contribuído á depurar ó á corromper las costumbres? Tal es lo que se trata de examinar. ¿Qué partido debo tomar en esta cuestión? El que conviene, señores, á un hombre honrado, que nada sabe, y que no por ello se estima menos.

Comprendo que es muy difícil apropiarse lo que voy á decir al tribunal ante el que comparezco. ¿Cómo atreverme á vituperar las ciencias en el seno de una de las más sabias sociedades de Europa, loar la ignorancia en una célebre Academia, y conciliar el desprecio al estudio con el respeto á los verdaderos sabios? He visto estas contrariedades, pero no me han arredrado. No maltrato la ciencia, y me limito á defender la virtud en presencia y compañía de los hombres virtuosos. Más cara que á los doctos la erudición es á los probos la honradez. ¿Qué he de temer, por tanto? ¿Las luces de la Asamblea que me escucha? Indudablemente, mas no por el sentir del orador, sino por la factura de la oración. Los soberanos equitativos jamás han vacilado en condenarse á sí mismos en las cuestiones dudosas, y la posición que